

PREFACIO

AÑO 809 D. C., EQUINOCCIO DE OTOÑO

COLINAS DE ARMÓRICA, MARCA DE BRETAÑA (IMPERIO FRANCO)

Las luces de la tierra despertaban, aún somnolientas, después de una noche gélida de luna nueva. El bosque era un crisol de sombras atravesadas por las agujas de los pinos que caían lentamente sobre las capas de una compañía de jinetes, colándose entre los anillos de las cotas de malla, empujadas por un viento marino que silbaba a través del bosque y transportaba hacia los guerreros el olor familiar del incienso. Estaban cerca de su meta, pero ninguno abrió la boca bajo los yelmos de bronce. La premisa era silencio hasta que tuviesen a la vista la aldea de los bretones.

—Gastón...

El aludido percibió la llamada, y alzó la cabeza. El casco le iba grande, y cubría un rostro juvenil adornado con gruesas espinillas en el mentón. La holgura de su yelmo apenas permitió a Gastón distinguir que quien lo llamaba se encontraba a su lado, tan cerca que sus caballos casi podían rozarse los cuellos. Era otro guerrero, tan joven y lampiño como él, cuya mueca atribulada resumía sus nervios.

—Por la Virgen y los ángeles, me lo he hecho encima.

Gastón observó la entrepierna del jinete, y antes de que sus ojos pudiesen distinguir nada, el olor característico del miedo cuando sale del cuerpo entró en sus narices. Una mancha marrón teñía las ingles de su compañero, cuyos ojos lo miraban temblorosos de miedo.

—Respirad tranquilo, Aznard. El emperador nunca nos enviaría a la muerte...

—Podría ser una trampa. Estos árboles tienen ojos y bocas, y saben comunicarse con los bretones...

—¡Chist!

Uno de los jinetes había vuelto el rostro hacia los jóvenes, y ambos distinguieron la tonsura del único religioso que acompañaba a los guerreros. Era joven también, poco mayor que ellos, y vestía un hábito negro que apenas acertaba a camuflar su cuerpo delgado. La mirada de advertencia que lanzó a Aznard y Gastón hubiese podido hacer arder el musgo.

—Floro de Lyon, siempre vigilando... —murmuró el gascón, alzando, desdeñoso, la nariz hacia el monje.

No debió haberlo hecho. El religioso pegó un codazo al jinete que caminaba a su lado, un guerrero tocado con un yelmo plumado que lo distinguía como capitán de la compañía. Su nombre era Lupo de Gasuña, y su loriga rechinó al girar el torso sobre la silla del caballo y detener los ojos sobre Aznard y Gastón.

—¡Silencio ahí atrás!

Silencio o el plan podría irse al traste. Gastón agachó la cabeza, avergonzado, mientras Aznard frenaba ligeramente al caballo. Sólo fue un momento, antes de alcanzarlo. La única manera de no volver a cagarse encima era seguir hablando.

—Mi primo se cree un conde imperial... —Aznard elevó despectivamente un labio hacia la espalda de Lupo—. Y sólo es un capitán aferrado al hábito del hermano Floro.

—Cerrad vuestra boca, amigo, os lo suplico —rogó Gastón, vigilando la vanguardia—. Si los bretones descubren nuestra marcha, nos meteremos en un buen lío...

—Algún día seré el duque de Gasuña, y entonces yo mandaré callar a Lupo.

Gastón puso los ojos en blanco mientras rezaba para que el hermano Floro no girase de nuevo la cabeza. En el fondo, podía disculpar la locuacidad de Aznard. Su padre solía decirlo: el miedo a la muerte hace brotar palabras peligrosas, porque las consecuencias de pronunciarlas dependen del final de la batalla.

—Ayer, en el campamento, dijisteis que esta es vuestra primera guerra —señaló Aznard, inclinándose sobre el cuello de su caballo.

—Así es. Al igual que vos.

—¿Y no tenéis miedo?

Los ojos grisáceos del muchacho se clavaron en Aznard mientras se colocaba con una mano el holgado yelmo.

—Mi padre siempre decía «Quien antes teme primero muere». —Gastón sonrió, ufano—. En Lyon, mi ciudad, he corrido uros bra-

vos durante las fiestas de San Miguel, y no temo a la muerte más que cualquiera de ellos. —Y sus ojos señalaron a los francos que avanzaban por el bosque, embutidos en hierro.

Aznard sacudió la cabeza.

—Los burgundios tenéis fama de estar chalados.

—De los gascones, en cambio, se dice que sois...

El trote de un caballo interrumpió la conversación, y la imponente figura de Lupo de Gasuña apareció ante los muchachos bajo las miradas del resto. Tras él montaba el hermano Floro de Lyon, cuya mueca airada perforó a Gastón. Los muchachos sintieron cincuenta pares de ojos clavados en sus espinillas.

—Una palabra más y os degüello aquí mismo. —La montura de Lupo bufó al percibir el enfado de su jinete—. Nuestro emperador se encuentra a cuarenta leguas, plantando cara al ejército de los bretones, para que nosotros podamos atravesar este maldito pinar sin que nadie pueda percibirnos. Hay cinco mil cristianos esperando que, por Cristo Pantocrátor y los callos de san Pablo, cerréis vuestras estúpidas bocas. Poco me importa la sangre que compartimos, primo. —El índice del capitán se clavó en Aznard—. Os mataré con mis propias manos como nuestra misión fracase.

Un golpe de fusta devolvió a Lupo de Gasuña a la vanguardia, y la compañía siguió caminando entre altos pinos cuyas copas tapaban la luz del sol. Unos pobres rayos otoñales iluminaban de vez en cuando las águilas pintadas en los escudos de los jinetes, y a pesar de las advertencias de su capitán, se escuchaban susurros inquietos entre los guerreros. Murmuraban en lengua lombarda, franca, gascona y provenzal, porque hombres de todo el Imperio habían acudido a luchar a la guerra de Bretaña. Algunos portaban cruces en la mano, estandarte preferido por los guerreros que servían al emperador Carlos y a su hijo Luis, señores de los cristianos de Occidente. La rebeldía de los bretones duraba más de doce años. Y estaba en su mano terminarla, para gloria del Imperio franco.

—En fila de a uno —circuló la orden de Lupo, de rienda a rienda, y los jinetes formaron.

El suelo del bosque había comenzado a inclinarse bajo los cascos de los caballos, para dar lugar a una ladera arbolada que camufló a los francos. La pendiente terminaba abruptamente ante unas verdes praderas regadas por el curso de una ría donde pescaban garcetas. El olor a marisma y sal marina llegaba hasta el bosque, mezclado con el fuerte aroma a incienso que había guiado sus pasos hasta allí.

—¡Alto, silencio! —susurró, imperativo, Lupo de Gasuña, alzándose sobre la silla, aunque no era necesario.

Todos habían visto los contornos de una aldea de casas de madera cuyos altos tejados, forrados con paja y musgo, se juntaban cerca de las mansas aguas de la ría. Ocultos bajo las copas de los pinos y las sombras que envolvían la colina, los francos también pudieron distinguir la silueta de una iglesia con las paredes forradas de muérdago y rodeada de recios edificios de piedra. Era muy similar a las ordenadas formas de las abadías y monasterios que todos habían contemplado alguna vez en el Imperio.

Había, sin embargo, dos notorias diferencias. Grandes cruces de piedra clavadas en la hierba rodeaban por completo la abadía, pétreos centinelas protegidos por las formas circulares de las estelas. Entre ellas bailaba el humo del incienso, proveniente de unas puertas que en cualquier iglesia franca jamás hubiesen emanado aroma alguno.

—Extraños cristianos estos... —soltó de pronto Aznard, sobresaltando a Gastón.

La mirada del muchacho recorrió la aldea, y se detuvo en un roble enorme cuya copa daba sombra a un círculo de cruces de piedra. Allí se encontraba una heterodoxa multitud: parejas de ancianos envueltas en pieles que portaban a sus nietos en brazos, mujeres de cabellos rubios con joyas de ámbar en los dedos y niños que miraban hacia las puertas abiertas de la iglesia con los dedos cruzados sobre el pecho.

—No hay guerreros, sólo mujeres, niños y viejos... —murmuraron los francos, y sus corazones comenzaron a latir de otra manera.

Lupo de Gasuña ignoró los susurros de sus hombres y prestó atención a cuanto sucedía junto a la abadía. Cuatro figuras envueltas con hábitos blancos avanzaban hacia el roble, abriéndose paso desde las puertas humeantes de la iglesia. Sus cabezas lucían una extraña tonsura hasta la mitad del cráneo, y portaban vasos de vidrio traslúcido que permitía ver su contenido: leche de vaca. Los monjes, porque eran cristianos, también llevaban un racimo de uvas, con el que acariciaban el rostro de los presentes.

Una niña bretona tomó un vaso de manos de un monje y bebió con ansia la leche hasta terminar recibiendo el abrazo de su madre. Gastón pudo ver su blanco bigote iluminando la ceremonia.

—Preparados para cargar —ordenó Lupo de Gasuña.

Los francos, sin embargo, permanecieron en su lugar. Los más veteranos habían vuelto el rostro hacia el gascón, y negaban con la cabeza mientras señalaban con las lanzas hacia la aldea bretona.

—Son cristianos, señor, y están indefensos...

Un clamor interrumpió los reparos de los francos. Abajo, en la aldea, los bretones habían prorrumpido en cánticos y aplausos: acababa de dar comienzo una extraña ceremonia en torno al roble centenario. Unos músicos armados con flautas y tamboriles rompieron a tocar una música alegre que despertó el baile de los aldeanos, y pronto no quedó un bretón que no danzase entre cánticos bajo el roble que presidía el campo de cruces.

—*Shamain, shamain!*—Hasta ellos llegaban los cánticos de los bretones, en su lengua antigua y apartada.

Esta vez, sin embargo, no fue Lupo de Gascuña quien habló ante sus hombres. La Iglesia reservaba a sus hermanos para misiones como estas, en las que los guerreros dudan, y necesitan explicarse lo que su mente no acierta a adivinar. Abajo, junto al roble, los bretones seguían danzando en torno al tronco y las cruces, y algunos habían comenzado a apilar leña para encender una gran hoguera.

—Los monjes de Lanndévennec son herejes, y, como almas impuras, el emperador y el papa desean castigarlos. —El monje Floro de Lyon apareció junto a Lupo erguido sobre su montura—. Dicen que entre los muros de su abadía se guardan los restos del hereje Prisciliano, encarnación de Satanás, y apóstol de las gentes que hoy debemos condenar. Miradlos, hijos míos, cómo han sustituido el vino de la comunión por la leche de sus vacas, y el cuerpo de Cristo por uvas blancas. ¡Son bárbaros que se dicen cristianos!

Los francos que aún dudaban callaron bajo las palabras del hermano Floro sin perder de vista los movimientos de los monjes vestidos de blanco que se unían a la danza de sus fieles agitando sus hábitos. Los vasos y cuencos de leche corrían de mano en mano, al igual que unas uvas cuyas pepitas caían sobre la húmeda tierra de Bretaña.

—No os dejéis engañar por su inocente apariencia. El disfrute es pecado, y la música profana, una vulgar distracción. Mientras sus familias bailan, los hombres de Bretaña arrasan las aldeas de Austrasia, corazón de nuestro Imperio. —Floro sabía hablar, y los dedos de los guerreros comenzaron a apretar con fuerza las lanzas—. Ahora, gracias a Cristo victorioso, se encuentran distraídos, desafiando el poder del emperador de los francos... La trampa ha funcionado, *mi-*

lites, y las órdenes son claras: ningún hereje debe quedar vivo. ¡Dios así lo quiere!

Cundió escaso entusiasmo al corear las últimas palabras del monje, pero los jinetes francos empezaron a formar. Sólo podían obedecer, o la ira de su emperador los perseguiría, condenándolos a exiliarse entre los musulmanes de al-Ándalus o los griegos de Sicilia. Eran *milites* educados para luchar y no cuestionarse nada, aunque las cruces de piedra clavadas en torno a la abadía alimentaban sus dudas acerca de lo que se disponían a hacer en el nombre del mismo Dios que los bretones adoraban con idéntico fervor. Aquella mañana cincuenta espadas francas fueron desenvainadas bajo los pinos de Armórica por orden del emperador de los cristianos.

Gastón de Lyon imitó al resto, y tomó la lanza que colgaba de la silla de su caballo. El animal pateó el suelo, nervioso, con los ollares hinchados. Se llamaba Riu, y era el viejo jaco de su padre, con demasiadas batallas encima como para oler de lejos la inminencia del combate.

Las espinilleras de bronce de Gastón le rozaban los gemelos hasta causarle heridas, y el holgado peto de cuero hacía sangrar su cuello. Las armas heredadas, a pesar de las molestias, le dieron fuerza mientras se colocaba junto a Aznard en la primera fila. Su familia siempre había luchado a las órdenes del emperador Carlos, señor de los cristianos. Y no iba a ser él quien inaugurase el deshonor de mostrarse como un cobarde.

Un gruñido angustiado interrumpió sus pensamientos mientras tomaba posiciones entre los jinetes francos. Aznard, a su lado sobre su caballo, miraba al frente con el cutis enrojecido, haciendo bailar la lanza a causa de los nervios.

—Nunca he arrebatado la vida a un cristiano —soltó el vascón, moviendo las mandíbulas bajo el yelmo.

—Tranquilo, amigo... —murmuró Gastón, tratando de animarlo—. Ya habéis oído al hermano Floro. Son herejes, Dios está con nosotros.

El viento dejó de soplar por primera vez en la mañana, y Lupo de Gascuña alzó la espada hacia sus hombres. Cayó el silencio que da pie a los tambores de la batalla, y los francos tensaron las riendas de los caballos. «*Shamain, shamain!*», seguían cantando los bretones, y sus lejanas voces envolvieron un mal olor familiar: Aznard había vuelto a dar rienda suelta a sus esfínteres.

—Son cristianos... —susurraba el joven gascón, con los ojos cerrados.

—¡A la carga, por Cristo y el emperador!

El grito del padre Floro de Lyon resonó en los bosques de Bretaña como la tromba de agua que anticipa la riada. Los caballos relincharon al sentir en sus ijares el aguijón de las espuelas, y cincuenta jinetes francos cabalgaron colina abajo esquivando troncos de pino. Gritaban el nombre de Carlos, su señor y emperador, mientras los anillos de sus lorigas tintineaban a modo de siniestro peán. Gastón apenas veía más que espaldas guarecidas por capas y armaduras que se dirigían a sembrar la muerte para gloria del Imperio. Se aferró a las crines del caballo, agachó la cabeza y rezó un padrenuestro. Su primera batalla acababa de dar comienzo.

Las raíces del roble centenario experimentaron un temblor, y uno de los monjes bretones dejó caer su rama de roble. Había visto las sombras atravesando el bosque, precedidas por un estruendo de ramas partidas y relinchos de caballo. Los gritos del enemigo golpearon la orilla de la ría con furia, y cuando el primer jinete surgió entre los árboles, cundió el pánico entre los bretones. Gritos, carreras, llantos asustados y miradas hacia todas partes que terminaban encontrando ojos desesperados.

—¡Corred a la abadía! —gritaron los monjes, y los fieles los obedecieron esquivando las cruces de piedra hincadas en la hierba—. ¡Son los francos, las langostas de Roma, sirvientes de Satanás!

Gastón pudo sentir el pánico de los bretones mientras corrían hacia las puertas abiertas de la iglesia, antes de tirar de las riendas de su montura. Las primeras casas de la aldea escondían a una decena de adolescentes armados con azadas, picos y cuchillos, decididos a enfrentarse a ellos para dar tiempo a sus familias. Sus padres, tíos y hermanos se hallaban muy lejos, y eran ellos quienes debían plantar cara.

—¡Mirad tras cada casa! —ordenó Lupo de Gascuña, alzando el escudo ante la primera lluvia de piedras.

Volaron las lanzas francas, y sus puntas abrieron heridas incurables. Los fuertes caballos imperiales atemorizaban a los adolescentes, así como los guerreros envueltos en hierro que cargaban hacia ellos sin mostrar compasión.

—¡Somos cristianos, por Dios Bendito!

La extraña tonsura de un monje apareció entre las casas, seguida de un cuerpo que corría hacia los jinetes con los brazos abiertos. De

pronto, su blanco hábito recibió un impacto de una lanza que atravesó su esternón y selló sus labios. Lupo de Gasuña sonreía desde su caballo, con el brazo ejecutor del lance aún en alto.

—¡Ninguno debe vivir, esa es la orden del emperador!

—¡Herejes, priscilianistas, adoradores del sol! —gritaba a su lado Floro de Lyon, agitando su hábito negro mientras señalaba a los bretones.

Las carreras hacia la iglesia de la abadía comenzaron a sucederse en cuanto el monje cayó en tierra, atravesado por la lanza, y los bretones flaquearon ante el galope del enemigo. Una nueva carga de los jinetes francos pasó como rueda de molino, y empezó una masacre entre hombres envueltos en hierro y aldeanos sorprendidos bailando en torno a un roble. Sólo un pequeño grupo pareció organizarse alrededor de un segundo monje, y corrió hacia las barcas que descansaban entre los limos de la ría, donde ya ninguna garceta buscaba sulas bajo la marea.

—¡Que no escapen! —ordenó Lupo de Gasuña al reparar en las intenciones de los bretones—. ¡A los barcos, cortadles el paso!

Gastón de Lyon apenas veía bajo un yelmo que caía hacia su nariz con cada zancada de Riu. Tuvo dificultades para apreciar la orilla de la ría, y hacia allí tiró de las riendas, con los ojos puestos en las espaldas de cuantos bretones escapaban. Aznard gritaba a su lado, tratando de adquirir coraje ante la matanza que estaba por venir. Nadie protegía a aquellas gentes de las puntas de hierro de sus lanzas. Las canciones cuentan que la guerra es noble, con héroes y campeones que combaten gloriosamente por grandes causas. Gastón comprendió entonces que tal belleza sólo es producto de la imaginación de los juglares. Cabalgando hacia las barcas, distinguió la tez pálida de una madre que corría hacia la ría con su hijo pequeño tomado de la mano. Gritaba ante sus caballos como si huyese del peor de los demonios, hasta que Aznard clavó su lanza en la espalda de la mujer.

Gastón vio cómo caía, arrastrando a su hijo contra el suelo, con un golpe seco. Nada había de heroico y bello en aquello.

—¡Muerte a los herejes! —El grito del hermano Floro sacudió la aldea—. ¡Sólo existe una Iglesia y un Imperio de Dios! ¡Comprendedlo, y ganaréis el reino de los Cielos!

Una docena de bretones había logrado alcanzar las barcas cuando los caballos de Gastón y Aznard alcanzaron la playa. Eran, sobre todo, mujeres y niños que intentaban esquivar las mansas olas y es-

capar de la aldea a través de las aguas. Y aún eran más quienes intentaban dejar atrás la orilla para encaramarse a las bordas. El galopar de dos jinetes francos hacia ellos hizo cundir el pánico, y las espumas provocadas por las brazadas desesperadas comenzaron a romper el mar. No todos iban a lograr escapar.

Tres chozas de pescadores frenaron el galope de los francos sobre la misma arena de la playa. Un paso más y alcanzarían las barcas. La caída de un barril de pescado alertó a Gastón de que algo pequeño se movía en dirección a su caballo. Un niño de apenas doce años apareció a unos pasos, corriendo hacia él con un rastrillo de heno en las manos mientras gritaba con toda la fuerza de su pequeño pecho. Los reflejos del muchacho tiraron de las riendas, pero las puntas del rastrillo se clavaron en la pata de Riu. El animal lanzó una coz furibunda, y arrojó de la silla a Gastón antes de que este pudiese sujetarse. El mundo empezó a dar vueltas hasta que se detuvo en seco, y el golpe contra la arena cortó su respiración mientras su cabeza continuaba girando dentro del yelmo.

Quiso gritar, pero su aliento estaba seco.

La mente de Gastón despertó en aquel instante, ahogada hasta entonces por los nervios. No podía caer en su primera batalla. Boqueó, tratando de coger fuerzas, y sus dedos se clavaron en la blanca arena bretona. Palpó los granos, y se topó con una concha grande como su mano, totalmente plana y fría como el mar. Gracias al Cielo, seguía consciente, aunque no pudiese moverse a causa del mareo. Tendido boca arriba, Gastón pudo ver cómo el niño esquivaba a su encabritado caballo y miraba hacia las aguas de la ría. Los bretones habían aprovechado para empujar con varas sus barcas, y en la mirada del niño pudo leerse la desesperación. Ya no podría alcanzarlos.

Después de un instante meditabundo, el bretón soltó el rastrillo y emprendió la huida hacia la abadía junto con los últimos valientes que se habían atrevido a defender la aldea. Antes de escapar, el pequeño volvió una última vez los ojos hacia el franco derribado, y Gastón distinguió su rostro pecoso y los cabellos pelirrojos hasta que desapareció tras una cabaña.

—¡Cubríos, Gastón, rápido!

La voz de Aznard de Gasuña despertó sus reflejos, y pudo sentir muy cerca el seco replicar de una piedra cuando golpea el suelo. Gastón trató de alcanzar el escudo tendido a su lado, mareándose a causa

del esfuerzo, pero su amigo llegó a tiempo. Aznard pudo cubrirlo con su escudo alargado antes de que dos nuevos cantos impactasen contra su hierro. Los lanzamientos provenían de tres ancianas atrincheradas en una de las cabañas, sorprendidas por el ataque y demasiado acobardadas como para correr hacia la abadía.

Aznard colocó el escudo en su hombro, y avanzó hacia ellas con los labios apretados bajo las pedradas. Nadie prestó más atención a Gastón, tendido en el suelo. Gracias a ello pudo presenciar cómo una cuarta mujer aparecía por la espalda de Aznard, tras la esquina de la casa, esgrimiendo un cuchillo de cortar nabos.

—¡Salid, o acabaré con vosotras! —advirtió Aznard a las mujeres, con voz temblorosa.

—¡Cuidado!

El grito de Gastón se oyó tarde. La bretona estiró el brazo, tomó a Aznard por el yelmo y, sacando unas fuerzas que sólo otorga la ira, tiró de su cabeza hasta lograr desequilibrarlo. Aznard cayó de espaldas. Se clavó las piedras del suelo en las costillas, y la mujer aprovechó para saltar sobre su pecho con un chillido colérico. El cuchillo se recortó contra el plumizo cielo, y el gascón cerró los ojos antes de sentir el acero.

—¡Arg!

Una sangre que no era suya había salpicado su rostro. Cuando Aznard abrió los párpados, vio a la bretona mirándolo con una expresión de asombro. Sus ojos azul pálido comenzaron a brillar, como si el alma que habitaba aquel cuerpo rubio y pálido estuviese a punto de partir. Boqueó dos veces, y cuando sus ojos se tornaron blancos, la mujer resbaló hacia un lado, para mostrar una lanza clavada en el costado.

—¡Quien duda muere, amigo!

Gastón de Lyon apartó el cuerpo de la bretona, en cuya espalda lucía, clavada, su espada franca. Había despertado a tiempo para salvar a un amigo de reunirse con sus muertos.

Las manos de los muchachos, llenas de arena de playa, se encontraron, y Gastón alzó al gascón. A su alrededor habían terminado los combates, y algunos francos habían comenzado a perseguir a los bretones que optaban por entregarse. Lo hicieron entre lágrimas, mientras miraban con tristeza hacia las aguas de la ría. Las barcas estaban ya lejos, empujadas por la corriente, transportando a los últimos supervivientes de Lanndévenec.

—¡Rodead la abadía, y traed teas ardientes! —ordenó Lupo de Gasuña, haciéndose oír entre las cabañas.

Gastón quiso separarse de Aznard para seguir a los guerreros, pero el gascón lo retuvo, apretando su brazo contra su pecho.

—Nunca olvidaré lo que acabáis de hacer. Iba a morir, pude verlo...

Las palabras resultaban insuficientes para resumir tal emoción. Finalmente, Aznard posó una mano en el corazón de Gastón, y después la llevó a su propio pecho mientras los gritos del hermano Floro de Lyon crecían sobre ellos.

—¡Quemaremos su maldito templo hereje, y Dios avivará las llamas de quienes se atreven a ofenderlo! ¡El papa os premiará, cristianos, porque sólo hay una Iglesia digna de guiarnos!

Los bretones, desesperados, cerraron las puertas de la iglesia, y comenzaron a trabar con maderos las ventanas de la abadía. Aquellos que no alcanzaron a tiempo el templo cayeron en manos de los francos, y fueron engrilletados para ser pronto convertidos en esclavos. Tuvieron que ver, arrodillados en la hierba, cómo los guerreros imperiales, comandados por un monje de negro hábito, apilaban todo cuanto pudieron hallar en las casas de la aldea contra los muros de la iglesia. Entre los bretones capturados se encontraba el niño pelirrojo que había atacado a Gastón, encadenado a otros niños, monjes, mujeres y muchachos: futura carne de mercado. Sus ojos, grandes y verdosos, miraban al suelo embarrado surcados por finas lágrimas.

Los muros de piedra de la abadía no llegaban a amortiguar el sonido de las voces brotando por las ventanas, y Gastón apartó los ojos del niño para unirse a los suyos en una tarea macabra. Los francos habían empezado a prender los muebles y leños amontonados contra las paredes de la iglesia, y muy pronto la abadía de Lanndévenec se vio envuelta en el humo denso que despide la madera cuando la humedad de la tierra penetra en sus astillas.

—*Misere nobis domine, misere nobis!* —rogaban las voces que brotaban entre las grietas de la iglesia, implorando al mismo dios que su enemigo.

Los gritos de los bretones apenas provocaron reacción en los francos. El tejado seguía lejos de las llamas, y deseando prenderlo, comenzaron a encender teas. Ninguna lluvia apagaría aquella hoguera, porque el día era limpio, sin una nube que pudiese arruinar aquella última victoria.

Lupo de Gasuña se acercó a Gastón y Aznard portando dos antorchas, y con los ojos envueltos en sombras negras señaló con la cabeza el tejado de la abadía.

—Vosotros, imberbes, lanzaréis la primera antorcha. Será vuestro bautismo como *milites Christi* y guerreros del Imperio franco.

Aznard apenas dudó en tomar la tea que su primo le ofrecía. Gastón, sin embargo, miraba sus manos rojas por la sangre de la mujer sin poder apartar de su mente los gritos provenientes de la abadía. «*Misere nobis domine*». Así pedían piedad a Dios los bretones, al igual que cualquier franco.

Lupo de Gasuña, mientras tanto, aguardaba su decisión.

—Tomad la antorcha, Gastón de Lyon; sed leal al emperador.

Pudo escuchar unos pasos, y pudo ver cómo el hermano Floro de Lyon caminaba hacia ellos con interesada expresión. La aparición del monje apagó los remordimientos de Gastón, y cuando la mano del muchacho se aferró a la madera, el calor golpeó su rostro al sentir cerca la tea. Era un *miles Christi*, «*un caballero de Cristo*», se repitió, mientras Floro lo observaba. Obedecer para entrar en el Cielo era todo cuanto le habían enseñado. Y allí estaba un siervo de Dios para garantizarle que nada de cuanto iba a hacer suponía un grave pecado.

Los demás francos esperaban a Aznard y Gastón sobre sus caballos, observando a quienes aquel día pasarían a ser como ellos. La guerra necesita rituales, y los guerreros les guardan un gran respeto. Sin embargo, las manos de Gastón temblaban, una sosteniendo el fuego y otra la espada, mientras se acercaba a la fachada de la iglesia y a su tejado de paja y maderas. Nunca hubiese imaginado que combatir en nombre del emperador de los cristianos conllevarse calcinarlos.

De golpe, las puertas de la iglesia se abrieron ante Aznard y Gastón, y una mujer y una niña aparecieron entre los gritos de quienes empujaban tras ellas. Eran las primeras de una marabunta asustada que había elegido abandonar la abadía antes que ser consumida por las llamas. Madre e hija corrían hacia los francos tomadas de la mano, y la mirada de ambas fue a clavarse en Gastón de Lyon. El guerrero suponía su único obstáculo antes de alcanzar la salvación.

—¡Acaba con ellas, muchacho!

La niña y su madre ocuparon por completo la visión de Gastón, y el mundo frenó. El calor de la antorcha lamiendo el vello de su brazo desapareció, y pudo distinguir las pequeñas cruces de bronce que colgaban de sus cuellos, el rostro ajado de la madre, el brillo pe-

netrante que salía de los ojos de la niña. Eran herejes, culpables, enemigas. Tuvo que repetírselo para cumplir con su deber. Aznard, a su lado, también blandió la espada. Ante todos los francos demostrarían que podían obedecer.

—¡Regresad al Infierno, paganas!

Con aquel grito ronco Gastón de Lyon blandió la espada, y con dos tajos certeros detuvo la carrera de las bretonas. Las manos de madre e hija permanecieron aferradas mientras caían, juntas, sobre el barro ensangrentado que cubría el suelo de la aldea.

—¡Quemad la abadía, antes de que escapen! —gritó Lupo de Gasuña, lanzándose hacia los bretones que trataban de salir de la iglesia.

La madre buscó con los brazos a la niña, y la abrazó a los pies de Gastón. El barro comenzaba a teñirse con la sangre que brotaba, sobre todo, del pequeño cuerpo de la niña, que tenía un profundo tajo que cortaba su esternón. La madre se puso a gritar de agónica pena, y el muchacho sintió tanto su dolor que su espada resbaló sin fuerzas que pudiesen asirla. Su mano era la causante de aquel sufrimiento. Una náusea sacudió su estómago, y Gastón llevó la vista hacia los francos. El hermano Floro sonreía. ¿Por qué, si aquello era horrible?

El grito de Aznard, a su lado, llegó muy lejano a oídos de Gastón. Pudo ver volar la antorcha del gascón hacia el tejado de la abadía, y sintió los ojos de Dios puestos sobre sus actos. Había matado a sangre fría a una madre y a su hija. El fuego prendió pronto el tejado, y los bretones chillaron. Aquella vez, los francos no deseaban esclavos.

—¡Veamos si los herejes arden tan bien como los sarracenos! —gritó Lupo de Gasuña, mientras sus hombres empujaban a los bretones de nuevo hacia la iglesia—. ¡Pedid ayuda al Cielo, si es que puede escucharos!

Un último *misere nobis* resonó entre los muros de la abadía de Lann-dévennec antes de que el fuego empezase a extenderse por el tejado. Un humo negro como pico de cuervo tomó el cielo de Bretaña, y los francos debieron apartarse para escapar del olor a carne quemada. Sólo Gastón de Lyon pudo permanecer en el mismo lugar, clavado ante las víctimas de su espada. El cuerpo de la niña bretona tembló antes de partir para siempre, desangrada, bajo el cuerpo de una madre que todavía tuvo fuerzas para soltar una lágrima y gritar:

—¡Sed maldito para siempre!

Bajo el cielo sin nubes, entre el rugir de las llamas, Gastón creyó distinguir el bramar distante de un trueno. El clamor creció hasta apagarlo cuando el tejado de la abadía cedió al calor de las llamas, y no hubo caballo que pudiese contener un relincho asustado. El trueno se convirtió en crujido, y las vigas calcinadas aplastaron a las familias de los rebeldes bretones que resistían en el último rincón de Armórica. Las pavesas que partían de los restos de la abadía alcanzaron el roble centenario, y nadie pudo ver cómo sus hojas se marchitaban, aunque fuese pleno verano.

—Malditos seáis... —repitió la mujer, pero nadie la escuchó. Los francos permanecían demasiado ocupados dándose palmadas y jactándose de la victoria, derribando a patadas las cruces de piedra que rodeaban la abadía, y saltando sobre las estelas hasta enterrarlas en la tierra. Sólo Gastón de Lyon permanecía de pie, inmóvil, cubierto por un yelmo holgado, con los hombros sacudidos por algo que se parecía al llanto, ante los cuerpos abrazados de una madre y una hija.

El humo del incendio fue visto a muchas leguas a la redonda. Las barcas de los últimos supervivientes se estremecieron al distinguir la negra columna, y en las aldeas de Bretaña cundió el desánimo por el cruel destino de la abadía de Lanndévennec. Dos días más tarde, los últimos rebeldes bretones capitularon, y los castillos y abadías de Bretaña juraron lealtad y obediencia a la Iglesia de Roma, y a su guardián Carlos, emperador de los francos.

Las llamas que arrasaron la abadía de Lanndévennec tardaron cuatro días en apagarse, y el monje Floro de Lyon fue testigo de cómo las últimas brasas perecían bajo las gotas de una lluvia que arrastró consigo la ceniza para descubrir un siniestro espectáculo. Decenas de esqueletos se aferraban a las columnas ennegrecidas, abrazados unos a otros en una última despedida. Floro, sin embargo, buscaba otros huesos diferentes a los de los herejes bretones que por su propia mano y orden habían ardido aquel día. Miró entre pilas de vigas quemadas, removié los altares y descendió hasta la cripta donde los monjes de Lanndévennec escondían sus reliquias. Y ni siquiera en el lugar más sagrado de Bretaña obtuvo rastro del sarcófago de mármol que alojaba los restos del peor de los herejes, el mártir que había enseñado a aquellas gentes que la leche, las uvas, el baile, la música y el amor entre clérigos también podían ser cristianos.

—Algún día os encontraré, Prisciliano —prometió Floro—. Y arrojaré al mar vuestros huesos malditos.

1

(DIECIOCHO AÑOS DESPUÉS)

OTOÑO DE LA ERA 865 / AÑO 827 D. C.

MONASTERIO DE SAINT-PIERRE DE RÓDANO, BORGONA

La palma de una mano sobrevoló el aire hasta golpear una mesa de roble, y de una chimenea cercana brotaron centellas veloces. Cuando la mesa dejó de temblar, el abad Floro de Lyon alzó la palma enrojecida y maldijo su falta de contención. Había cedido a la cólera ante un simple objeto apoyado ante sus ojos: una carta donde brillaba el sello del emperador Luis Carolingio, recién llegada desde Aquisgrán a lomos de un mensajero. Cada una de las palabras contaba una mala noticia para el Imperio. No quería volver a leerla, pero debía hacerlo.

«Sea leída esta carta por todos los obispos y abades del Imperio cristiano, y seguidas sus ordenanzas bajo pena de castigo...».

Floro debió interrumpirse, arañado por un súbito mareo: el olor a vela prendida entraba a la vez que el aire en sus pulmones. Su blanca perilla de chivo rozó el borde de un cáliz, y el vino acudió a su garganta para tratar de tragar las palabras que sostenía ante sus ojos, alumbradas por la luz de un candil que hacía temblar los contornos del pergamino.

«Un grave peligro amenaza nuestro Imperio, proveniente del norte pagano...».

La puerta de los aposentos se abrió de improviso con un largo crujido para permitir el paso de una corriente de aire frío. La mirada

importunada del abad Floro apartó su atención de la carta y enfocó la nariz rechoncha de un monje cuyo rostro se asomaba a la estancia con gesto acobardado. Chascó la lengua. No tenía ánimo para asuntos del monasterio.

—Perdonad la interrupción, padre excelentísimo. El hermano Gastón de Lyon pide hablar con vos.

La chimenea pidió un nuevo tronco, y Floro negó con la cabeza mientras la alimentaba, balanceándose su papada. Conocía de sobra aquel nombre: un laico, un veterano, acogido en su seno.

—No es el momento, hermano Aldo. Decid a Gastón de Lyon que acuda mañana, tras la misa de laudes, y me busque en el *scriptorium*.

El monje pareció a punto de añadir algo más, pero terminó asintiendo con los ojos cerrados. Cerró tras de sí la puerta con un entrechocar de hierros, y sus pasos se perdieron a lo largo de los pasillos de Saint-Pierre, donde sólo volvió a escucharse el acuático rumor del Ródano.

Un largo suspiro brotó del pecho del abad Floro mientras su concentración regresaba a las constreñidas minúsculas del pergamino imperial. Odiaba leer malas noticias, y sus dedos temblaban mientras acercaba las palabras a sus ojos. Otra vez escuchó pasos fuera, en los pasillos del monasterio, pero la carta ya había captado su atención.

«El Día del Juicio se acerca, y el Anticristo ha enviado a nuestro último enemigo contra nosotros. Los piratas daneses, a los que algunos llaman vikingos, han aparecido en el río Sena, y han saqueado aldeas y abadías en las costas de Frisia y Austrasia. Son paganos, guerreros feroces, y no temen a Dios.

Yo, Luis emperador, junto con mis vástagos, he decidido defender el Imperio contra su amenaza. El Imperio de los cristianos debe terminar sus guerras para concentrarse en los vikingos: he soñado que, de no hacerlo, muy pronto esos piratas tomarán también nuestra tierra».

El mejor vino de Borgoña volvió a mojar los labios del abad Floro mientras distinguía un sonido creciente en el exterior de su aposento. Nuevos pasos se acercaban a través del pasillo.

«Y en cuanto a los bretones, herejes y custodios de los huesos de Prisciliano... —continuaba la carta—, se les declarará malos cristianos, pues ellos han llamado a los vikingos a nuestras costas».

La puerta de los aposentos se abrió con un fuerte estrépito, y el ruido hizo que el corazón de Floro saltara. El cáliz bailó sobre la mesa, y cuatro gotas de vino salpicaron la carta del Emperador. La palabra «*vikingos*» recibió una gota rojiza, y se destiñó.

—¿¡Cómo os atrevéis...! —La sangre que inundó su rostro hirvió cuando sus ojos contemplaron al hermano Aldo sujetando por el hábito a otro monje, de larga barba y cabello entrecano sin tonsurar, envuelto en un negro hábito benedictino idéntico al suyo.

—¡No ha querido esperar fuera! —explicó Aldo, a gritos, mientras el otro monje tiraba hacia el abad—. ¡Calma, hermano Gastón, por Cristo bendito, os lo suplico!

El aludido poseía mayor fuerza que Aldo, y pudo librarse de sus manos con un fuerte tirón que lo llevó a caer de rodillas ante Floro. El abad permanecía erguido, con los puños cerrados mientras respiraba agitado, de pie ante la única vela que iluminaba el aposento.

—Escuchadme, por favor, padre superior —gimió Gastón de Lyon—. Tened piedad de un pecador, y permitidme hablar con vos.

Los brazos de Gastón de Lyon aguantaban como bien podían el peso de un cuerpo que soportaba en sus carnes casi cuarenta veranos y temblaba como el carrizo bajo el viento del invierno, con el rostro vuelto hacia el suelo. Ya no lucía espinillas, como en el lejano día en que lo conoció durante las guerras de Bretaña.

—Dejadnos solos, hermano Aldo.

El monje asintió lentamente, y obedeció sin apartar la vista de la figura postrada de Gastón. Pudo ver cómo el hombre se arrastraba hasta abrazar las rodillas del abad de Saint-Pierre de Ródano, antes de cerrar la puerta con cuidado.

—Debisteis aguardar el alba, hijo mío, para reuniros conmigo. Ahora no es un buen momento. —Floro sentía heladas las manos de Gastón, que lo tocaban a través del hábito—. Vos mismo habéis recibido al mensajero que ha venido desde Aquisgrán con noticias del emperador, y necesito leerlas con quietud y concentración.

—Tenía que hablar con vos, padre, esta noche, porque sólo Su Excelencia puede comprenderlo... —insistió el veterano, con la nariz apoyada en el calzado del abad—. Mi maldición, la misma que me trajo hasta vos, sigue presente. Bien sabéis de lo que hablo: sueño cada noche con los herejes que cayeron bajo el fuego en Lanndévennec por nuestras propias manos. Una madre y su hija caminan hacia mí desde las sombras, y lloran sin lágrimas mientras arde la abadía...

La mano arrugada del abad palpó la cabeza de Gastón, y tomó su mentón para alzarlo.

—Ha pasado mucho tiempo desde la guerra de Bretaña, hermano Gastón. Demasiado, para seguir recordándola con tanta viveza.

Un pequeño sollozo brotó de las entrañas del penitente.

—Nunca se han ido: las gentes del roble, los monjes blancos, las almas caídas por mi espada durante mi primera batalla... Viven en mis sueños desde que mi esposa murió en el parto que alumbró a mi única hija. Catorce años, padre Floro: no viviré un día más si sigo viéndolos cada vez que cierro los ojos

Gastón soltó otro sollozo, y Floro puso los ojos en blanco antes de echar un vistazo a la carta que descansaba sobre la mesa. Aquel mensaje le interesaba mucho más que una historia que ya conocía. La guerra de Bretaña formaba parte su juventud, y había aprendido a olvidarla junto a todas las batallas que alguna vez presenció. Había una guerra en ciernes, y era lo que preocupaba a su emperador. El presente imponía su atención; no tenía tiempo para consolar a Gastón.

—Vinisteis a mí, hijo mío, hace nueve inviernos fríos, buscando curar la misma herida que todavía os provoca terribles pesadillas. Seguro de que Dios agradecería vuestro gesto, asumisteis los hábitos benedictinos, y vuestra hija Gala abrazó el noviciado junto a nuestras hermanas de Notre-Dame. Habéis demostrado buena conducta estos cuatro últimos años, Gastón de Lyon: sed paciente, porque Dios proveerá vuestro perdón tarde o temprano. El Juicio Final se aproxima, y el sol de la justicia brillará pronto sobre nosotros.

Gastón negó con la cabeza, y se tomó las sienes con unas manos surcadas por gruesas venas.

—Añoro descansar en esta vida y tumbarme en el lecho sin miedo. Cada vez que cierro los ojos mis muertos aparecen, hablan conmigo, me recuerdan lo que hice... Vivo entre las sombras, mi padre abad: necesito volver a soñar.

La desesperanza del veterano resultaba idéntica a la exhibida por tantos y tantos guerreros que alcanzaban la vejez manchados por la sangre vertida en el pasado. Solía ser incurable, y derivaba en demencias que alteraban la paz a su alrededor. Floro no deseaba un loco entre los muros de Saint-Pierre, y Gastón parecía a punto de convertirse en uno de ellos. Por suerte, conocía muy bien las directrices de la Iglesia de Roma para tratar estos casos recurrentes que arruinaban familias y monasterios.

—Los monjes del cercano cenobio de Saint-Antoine han obtenido hace poco un tesoro procedente de la lejana Spania, que ahora los sarracenos llaman al-Ándalus. Las reliquias de los mártires Justo y Pastor han llegado a Borgoña gracias a las artes de unos comerciantes que las sacaron de las iglesias de los herejes hispanos, donde las tenían olvidadas. Quizás postraros ante ellas pueda calmar vuestro dolor.

La seriedad de Gastón y la forma en que apartó la mirada indicaron al abad que aquella solución pasaba por insuficiente.

—He rezado ante muchas reliquias, iconos y crucifijos, y no ha habido noche en que mis muertos olvidasen visitarme con sus lamentos.

El abad Floro soltó un largo suspiro de impaciencia, y miró con severidad al veterano.

—Si los años en Saint-Pierre y la entrega de vuestra hija Gala a la casa de Dios no han servido para perdonaros ante nuestro Señor, quizás debáis demostrar una piedad mayor al alcance de muy pocos elegidos. —Floro pudo sentir cómo Gastón prestaba atención al máximo—. Tomad el bastón de peregrino y partid hacia Roma para postraros ante las tumbas de los santos apóstoles Pedro y Pablo. Nada hay más cercano a Cristo que los huesos de sus discípulos que custodian la ciudad donde comenzó nuestra Iglesia. Partid hacia las basílicas de los romanos, Gastón de Lyon. Será la única manera de poner fin a vuestros sufrimientos.

El abad señaló a la puerta y movió los dedos en un gesto impaciente. Una carta imperial, mucho más importante para Floro que los problemas en la cabeza de un veterano de guerra, esperaba ser despachada. Dios hacía guerreros a ciertos hombres, y ellos debían asumir las consecuencias del destino. Todo se encontraba escrito, y nada podían hacer los mortales para desencajar los engranajes del Cielo.

De pronto, Floro sintió varias punzadas en los gemelos, y bajó la mirada hacia el suelo. Gastón de Lyon había clavado sus uñas en las piernas del monje, y le hacía daño.

—Hice cuanto vos ordenasteis, padre abad, aquella mañana en Bretaña en la que ambos empuñamos antorchas... —Floro quiso zafarse, pero los ojos enrojecidos del veterano lo miraban desde abajo—. Y ahora decís que mi cura se encuentra en Italia, porque os recuerdo a un pasado del que deseáis alejaros. Maté a gentes cristianas porque vos dijisteis que eran malas, enemigas de nuestro Salvador...

—¡Cuidado al mentar al Señor con semejante ligereza, hermano Gastón! —Floro sacudió la pierna, intentando liberarse—. ¡Luchasteis

contra herejes, y él os lo pagará con un lugar entre los salvados en la ciudad de Dios!

—¡Lloran en mis sueños bajo el techo ardiente de su Iglesia! —La voz de Gastón era un torrente rabioso—. ¡Llevo años sin dormir, padre Floro! ¿Sabéis acaso lo que es eso? ¡Mi alma está maldita, quemada por el fuego!

Antes de que Floro pudiese apartarlo de su hábito, el veterano se separó de sus piernas con una mueca desesperada que remarcó cada una de las rosadas cicatrices que surcaban su rostro. Las sombras del salón parecieron dibujar un gesto peligroso en el semblante de Gastón, y el abad de Saint-Pierre pudo verlo claro: el viejo guerrero había comenzado a perder la fe.

El sentimiento era nítido, y le provocó un destello. Floro se negaba por completo a albergar a hombres así en su monasterio.

—Marchad hasta el fin del mundo, hermano Gastón, si así lo creéis necesario. —El índice hastiado del abad señaló de nuevo la puerta de sus aposentos—. Poco más puede nuestra Santa Iglesia hacer por vos. Llevaos a Gala, vuestra hija, y que su templanza alivie vuestro camino. Ahora dejadme, o perturbaremos la paz de nuestros hermanos.

El silencio que medió resultó inesperado para Floro, preparado para una súbita explosión de ira por parte de Gastón. El veterano, sin embargo, permaneció con las rodillas clavadas en el suelo antes de alzarse en su dirección. Las curtidas manos del guerrero sacudieron el polvo aferrado a su hábito, y Floro pudo atisbar cómo unas pequeñas lágrimas seguían humedeciendo sus ojos.

—Prometisteis el Cielo a quienes luchamos por Cristo, pero en la tierra nos hemos quedado solos y abandonados. Mentisteis hace dieciocho años, padre Floro: esos bretones eran más cristianos que vos.

Antes de que Floro pudiese acusarlo de blasfemo, Gastón ya tocaba el pomo de la puerta con la palma de la mano. El abad, sin embargo, permaneció en silencio, y contempló su partida con ademán indiferente.

—Con Dios —dijo Gastón, y Floro calló.

La frialdad del clérigo golpeó su ánimo, y Gastón abandonó la estancia con los hombros caídos mientras dejaba caer sus pasos por el largo pasillo que conducía a las dependencias del abad de Saint-Pierre de Ródano.

Floro soltó un gruñido de rabia y escuchó en silencio las pisadas de Gastón. Su mente insistía en señalarle que aquel dolido veterano

podía tener cierta razón, y para distraerse de cualquier flaqueza tomó otra vez en sus manos la carta del emperador Luis. Trató de leerla de nuevo, pero su concentración se había esfumado. Los recuerdos de la guerra de Bretaña parecían empeñados en regresar a su memoria después de años sin evocarlos. Aquella campaña contra cristianos había sido un empeño del propio papa León III, obsesionado con encontrar la tumba del hereje Prisciliano, aunque hizo falta algo más que la voluntad de un papa preocupado por los rumores de herejía que llegaban hasta Roma. El difunto emperador Carlomagno declaró la guerra porque Bretaña era un orzuelo en su incontestable dominio sobre las viejas Galias, y decidió enviar contra los bretones a lo mejor de sus condes y caballeros. El resto de la historia la resumían las pesadillas de Gastón de Lyon: sangre, muerte y maldiciones, hasta que las águilas francas se clavaron en los tejados de las iglesias de Bretaña. El Imperio era aún más grande gracias a aquella guerra, y sólo poseía una fe: la verdadera.

Los ojos del abad Floro volvieron a posarse sobre la carta del emperador, y las palabras de Luis el Piadoso relumbraron bajo la luz de la candela.

«Y en cuanto a los bretones, herejes y custodios del cuerpo de Prisciliano...».

Dejó de leer bruscamente por la fuerza de un súbito recuerdo, y sintió en sus pulmones un desagradable olor a ceniza y descomposición. El sepulcro de Prisciliano no había sido hallado en Lann-dévennec, ni en ninguna de las abadías que más tarde sufrieron la ira de los francos. El papa León III había muerto convencido de que los bretones seguían escondiéndolo, pero no quedaba clérigo en Bretaña que pudiese hacerlo. Sólo algunos francos, clérigos veteranos como Floro de Lyon, seguían preguntándose dónde se esconderían las reliquias de un hereje que siglos después de su muerte seguía amenazando la unidad de la Iglesia.

—No está en Bretaña, *imperator*... —murmuró, mientras releía las palabras de Luis I.

Floro había conseguido olvidarse de Gastón, pero su mente vagaba por los recuerdos de aquellos días de sangre y fuego. Pudo ver unas barcas surcando las aguas de una ría, escapando de las llamas que devoraban la abadía de Lanndévennec. Encaraban el sol poniente en el

oeste, hacia el mar Océano, con las velas hinchadas por un viento benigno que las impulsaba hacia la línea del horizonte...

Los pasos de Gastón de Lyon todavía resonaban en el pasillo cuando el abad Floro salió corriendo de sus aposentos movido por una inspiración que tomó por divina. Pudo divisar la ancha y cabizbaja figura del veterano al fondo del corredor, y, en contra de sus modales, gritó:

—¡Esperad, hermano Gastón!

El guerrero obedeció, y se giró con gesto derrotado, como si volver a hablar con Floro pudiese revivir a sus muertos.

—Caminaré hacia Roma, padre Floro, porque sois mi abad, y yo sólo un pecador.

El clérigo negó con la cabeza, sacudiendo las escasas hebras de pelo que tenía sobre sus orejas, y tomó por el brazo a Gastón para retenerlo.

—Puede que ni siquiera las reliquias de Pedro y Pablo sepan cómo aliviaros. No obstante, existe un lugar santo mucho más cercano...

—Los ojos de Floro adquirieron un brillo misterioso—. Hace tiempo que llegaron hasta Borgoña unos rumores extraños, traídos desde Spania por los godos que obtuvieron refugio entre los francos. Según este pueblo derrotado, el apóstol Santiago pudo tocar su patria, y en su caminar alcanzó las costas más alejadas. Cuentan sus ancianos que su cuerpo descansa en un arca de mármol, frente a las olas del océano, donde la tierra termina.

El fin del mundo. Gastón alzó los hombros, y sólo con imaginarlo, lo atisbó demasiado lejano.

—Nunca había escuchado hablar de la tumba de un apóstol en Occidente, más allá de los sepulcros de Pedro y Pablo en Roma —contestó finalmente el guerrero, y negó con la cabeza—. Y por cuanto decís, padre venerable, nadie parece haber demostrado que las leyendas sean ciertas. Pretendo que Dios me escuche, y si debo partir rumbo a Italia, que así sea.

Estuvo a punto de dar media vuelta, pero Floro lo retuvo por el brazo.

—El pueblo que visita vuestros sueños también buscó refugio en la última tierra del mundo —susurró el abad, y los rostros de la madre bretona y su hija aparecieron en la mente de Gastón—. Quizás no halléis apóstol alguno, hijo mío, pero gozaréis de la oportunidad de pedir perdón a los hijos de vuestros muertos.

Ambos se miraron, y pudieron ver los rostros que poseían hacía dieciocho años, jóvenes y lampiños, cuando cargaron codo con codo contra una abadía escondida en lo más profundo de Bretaña.

—Nunca podré mirar a los ojos a un bretón —confesó Gastón.

El veterano bajó la cabeza hasta que sus cabellos entrecanos ocultaron su rostro, y Floro percibió la lágrima que golpeó sin sonido el suelo del monasterio. Había un trauma oscuro dentro de aquel guerrero, y quizás ni siquiera los restos de un apóstol podrían sanarlo por completo.

—Si tal es vuestra voluntad, hermano Gastón, caminad hasta Roma y que Dios os otorgue su perdón —susurró el abad Floro de Lyon—. Tenéis mi bendición.

El veterano partió hacia sus aposentos bajo la piadosa mirada del clérigo que acababa de plantar un brote de esperanza en su espíritu dolorido. «*Santiago*», repitió la mente de Floro mientras los pasos de Gastón se perdían cada vez más lejos. Podría haber sido Felipe, o también Andrés, pero se había decidido a utilizar aquel cebo en honor al apóstol que los benedictinos utilizaban en sus misiones más allá del Rin para hacer olvidar al pagano Thor. Nunca un discípulo de Cristo había llegado tan lejos como el destino al que acababa de enviar a Gastón. Pero la sospecha de que allí podría encontrar los restos del apóstol de los herejes valía cualquier mentira ante el juicio de Dios.

AL DÍA SIGUIENTE

ABADÍA DE NOTRE-DAME DE RÓDANO, BORGOÑA

El sol brillaba tan fuerte aquella mañana que parecía querer despedir el verano por todo lo alto. Cada hoja, cada árbol, arroyo y sembrado brillaban con luz propia bajo un aire cálido procedente del sur, de Provenza, una tierra que olía a flores y cuyo aroma viajaba hasta Borgoña cuando Dios decidía regalárselo. Era el día perfecto para salir corriendo por los campos, bañarse en el río antes de que llegasen los fríos, secarse al sol sobre las piedras y buscar las primeras castañas del año.

Un mirlo cantaba a la mañana desde un alto fresno, y su cántico entró hasta un aula de la abadía de Notre-Dame cuyos muros reci-

bían la sombra del árbol. Gala movió la cabeza al escuchar el trino, y pudo ver el negro plumaje del mirlo antes de que saliese volando rumbo a otro destino. Había sido breve, pero bonito.

Una voz ronca y sosa ocupó el lugar del canto del mirlo, y la hija de Gastón de Lyon recordó por qué no podía correr detrás de aquel pájaro para perderse en los campos del Ródano.

—«... según Lactancio Apologeta, docto beato africano, Simón Pedro fue crucificado boca abajo en tiempos de Nerón». Punto y seguido. «Fue el mismo apóstol quien pidió morir cabeza abajo, para no emular así a nuestro Salvador». Punto y final.

El rasgar de dos docenas de plumas vibró en el aula, y Gala apartó los ojos de la ventana para copiar las palabras dictadas por la hermana Fulda, la monja enseñante. Procuró usar su mejor letra, aunque perdiese tiempo en ello. Siempre tardaba menos en copiar que el resto de hermanas, y gustaba de observar sus caras de concentración bajo las pequeñas tocas. Algunas se mordían la lengua, mientras que otras se rascaban distraídas el corto cabello bajo el velo. Ninguna, sin embargo, solía mirar por la ventana, como Gala siempre hacía en cuanto la hermana Fulda miraba para otro lado.

—Estudiaremos ahora a Santiago el Mayor, hijo de Zebedeo, o Boanerges, como lo llamó nuestro Salvador cuando deseó que los rayos del cielo quemasen a los samaritanos...

En cuanto la hermana Fulda dio media vuelta para pasearse entre los pupitres de la sala, Gala trató de mirar una vez más por la ventana. El día era radiante, y la luz tan clara que podían verse los tejados del cercano monasterio de Saint-Pierre de Ródano, benedictino como su abadía, y donde también vestía los hábitos un padre que raras veces obtenía el permiso para visitarla. Deseó distinguir a Gastón caminando entre los huertos que podía ver desde allí arriba, y se preguntó una vez más por qué no podía abrazarlo como cuando era niña.

—¡Hermana Gala!

El manotazo sonó sobre el único escritorio que presidía la sala, un mueble que sólo podían permitirse los maestros y copistas de la abadía. La hermana Fulda era uno de ellos, y miraba a Gala como si acabase de derramar un tintero en sus piernas.

—¿Qué es lo que he dictado, hermana Gala?

La muchacha apretó los labios y permaneció quieta como una estatua. Sabía que lo mejor era no decir nada.

—Tenéis suerte de que al abad Floro le caiga en gracia vuestro padre, porque, si por mí fuera, hacía mucho tiempo que habríais abandonado esta abadía. No sabéis escuchar, y sois un ejemplo infame para las demás.

Gala aguantó firmemente, sintiendo las miradas del resto de monjas clavadas en su velo negro de benedictina. La hermana Fulda siempre se sobrepasaba con quienes caían en sus garras. Hoy sería ella; mañana, Dios sabría.

—Escuchad atentamente, novicia, y si os vuelvo a ver mirar por la ventana, mañana trabajaréis con los siervos recogiendo cebollas. —La monja se aclaró la garganta—. Así sabréis lo que es el aire fresco.

La lengua sin saliva de Gala humedeció de nuevo la pluma, y sus ojos se clavaron en el pergamino que reposaba en su pupitre. Si no se atrevía a mirar de nuevo a Fulda, era probable que la monja se olvidase de su castigo.

—Continuemos... —dijo la enseñante.

Y las plumas volvieron a mojarse en los tinteros.

—«Dicen los Hechos de los Apóstoles que siempre debemos tomar como fuente verdadera que Santiago Zebedeo murió en Jerusalén, decapitado por el pagano Herodes Agripa, un hombre cruel al que no debemos confundir con el tirano que condenó a la Cruz a nuestro Salvador». Punto y seguido. «Sabemos gracias a san Pablo que Santiago hizo muchos discípulos, y que estos se reunieron con Pedro en Roma y más allá, enseñando la Palabra en los olivares de Spania y las distantes costas de Mauritana».

Las monjas procedieron a copiar mientras la hermana Fulda se paseaba vigilante, metiendo prisa a las perezosas y corrigiendo las faltas que advertía al vuelo en la arrugada caligrafía de las novicias. La clase olía a hormonas, porque muchas de las niñas que se encontraban allí reunidas habían dejado de serlo durante aquel año, y, al igual que los varones, sufrían de granos y fuertes olores hasta que su cuerpo se asentaba. Por eso, era fácil advertir que algunas monjas de pechos crecidos se sentaban junto a niñas que parecían sus hijas, aunque contasen una edad similar.

La voz de la hermana Fulda volvió a resonar en la clase.

—Hemos terminado, es la hora del almuerzo. —La monja alzó la mano ante las presurosas que comenzaban a recoger los tinteros—. Mañana trataremos las herejías, y deberéis entregarme un escrito sobre los obscenos errores del hereje Prisciliano. Hay un libro exce-

lente de Toribio de Astorga en la biblioteca que os mostrará los errores y anatemas del heterodoxo hispano, nacido en la lejana provincia de Galicia. ¡Tiene que estar listo, repito, para mañana!

Antes de que el ruido de sillas arrastrándose inundase la sala, la hermana Fulda señaló con su índice a Gala y a un par de monjas rezagadas que todavía escribían en sus pergaminos.

—Vosotras os quedaréis aquí y copiaréis treinta veces la vida de Santiago Apóstol, por lentas y distraídas. Ninguna monja ha salido de esta abadía sin saber escribir, y vosotras no seréis una mancha en semejante historia.

La puerta del aula se cerró en cuanto la última monja desapareció rumbo al refectorio, y el monasterio se llenó de pasos procedentes de otras estancias que procedían a hacer lo mismo. El aroma del caldo de ave llegó hasta Gala y las novicias castigadas, y sus estómagos rugieron al unísono mientras escribían a toda prisa, concentradas en terminar cuanto antes.

Gala, como siempre, terminó la primera, pero estaba a punto de soltar la pluma cuando escuchó cómo una de las monjas giraba la cabeza.

—Dicen que vendrán esta noche... —Se dirigía a las otras dos castigadas, sin mirar a Gala—. Han conseguido amaestrar un palomo, y lo he encontrado esta mañana en el dormitorio. Portaba una nota al cuello: «Vendrán, lo han prometido».

Las otras comenzaron a reír con una risita contenida y aguda, y Gala aguzó el oído. Eran novicias mayores, y sólo conocía el nombre de una de ellas: Juliette de Besanzón, la misma que había hablado en lo que parecía una reunión calculada de antemano. Aunque no habían contado con la presencia de otra castigada. Gala pudo sentir los ojos azulados de Juliette clavados en ella, y, a pesar de haber acabado, se puso a copiar una vez más la vida del apóstol Santiago. Movié distraídamente la pluma, como si no se hubiese percatado de la presencia de las demás, y garabateó «*Santiago murió decapitado...*» con el oído abierto y atento.

La voz de Juliette volvió romper el silencio.

—Tenemos que mantener la ventana abierta y soltar una cuerda —susurró la monja, y Gala recordó que la conocía por su fama por buscar problemas—. He conseguido una larga en los establos, detrás de las carretas viejas.

—¿Y qué haremos cuando los hermanos estén en el dormitorio? —preguntó una de las otras, con voz bovina.

Juliette volvió a mirar a Gala, pero la muchacha continuaba escribiendo sin perder la concentración.

—Les permitiremos entrar en nuestras camas... —La joven bajó la voz hasta que pensó que nadie podría oírla—. Y haremos lo que hacen los siervos cuando se creen que no los vemos tras los establos.

Las risas de las monjas volvieron a llenar la sala, y las plumas corrieron a mayor velocidad que nunca. Aquellas novicias crecidas, obligadas a tomar los hábitos por algunas de las mejores familias de Borgoña, habían crecido entre los muros de castillos y torreones, escuchando historias ardientes y cotilleos ante chimeneas para, de un día para otro, pasar a ser monjas de clausura en Notre-Dame. Y, al igual que Gala, recordaban cómo era el mundo ahí fuera, y Gala sabía a qué pecado se refería Juliette de Besanzón.

—Vendrán, confiad en mí: esta noche sabremos lo que le hace falta a la hermana Fulda.

Y las risas de las monjas resonaron en el aula mientras Gala se repetía que pagaría con su vida por abandonar aquellos muros para regresar con su padre y olvidarse de dictados, misas y monjas atrevidas que nunca estarían contentas con la vida que otros habían elegido para ellas.

AQUELLA NOCHE, DE MADRUGADA

MONASTERIO DE SAINT-PIERRE DE RÓDANO, BORGOÑA

Dos ratas grandes y negras detuvieron su furtivo caminar hacia la despensa cuando detectaron los pasos de un humano a través de los pasillos del monasterio. Buscaron escondite en las sombras, y siguieron con sus ojillos los movimientos de una figura encapuchada que avanzaba con el mismo afán de esconderse que ellas mismas mostraban. De pilar en pilar, guareciéndose tras las columnas, el humano atravesó el menudo claustro de Saint-Pierre de Ródano bajo la luz de la luna creciente, y las ratas permanecieron inmóviles hasta que su mano alcanzó la puerta del monasterio. Un frío intenso proveniente del río sacudió a los roedores, y sus orejas temblaron mientras el hombre daba un paso hacia el exterior. Sólo cuando la puerta se cerró y el claustro quedó dormido de nuevo, las ratas salieron de su escondite, y corrieron hacia los sacos de legumbres que roían todas las noches. Una sombra saltó ante ellas en la puerta

de la despensa. Hubo un relámpago de colmillos y un chillido agudo. Después, un suave clamor de pisadas almohadilladas. El gato del monasterio acababa de proveerse una cena a costa del hambre de las ratas.

Fuera, ajeno a la vida de los animales, Gastón de Lyon se sujetaba la capucha sobre la cabeza para evitar que el viento lo delatase. Los campos de Saint-Pierre se encontraban vacíos, y sólo los espantapájaros vigilaban su paso. Había luz en las vecinas cabañas de la aldea, y algunos perros ladraron al percibir movimiento, pero su meta estaba cerca. A un cuarto de milla del monasterio se alzaba un sobrio edificio de piedra, más pequeño que Saint-Pierre, pero de formas idénticas, con su iglesia, huertos y dependencias. La abadía de Notre-Dame era la hermana menor del monasterio masculino, y el hogar de una nutrida comunidad de monjas benedictinas. Varones y féminas nunca se juntaban, separados por la aldea, los huertos, los cercados y las pocilgas, pero tanto unos como otras sabían que múltiples miradas se cruzaban cada día de un lado a otro. Sobre todo de noche, cuando las mentes divagan y los instintos animales salen a la superficie.

Por esta razón carnal, dos monjas montaban siempre guardia ante la puerta de Notre-Dame, hasta que la luz del sol iluminaba a cualquier monje que se atreviese a buscar placer entre las hermanas. Gastón de Lyon pudo verlas desde la distancia, y maldijo su falta de previsión. Agachó la cerviz, que crujió a causa de un dolor añejo, provocado por incontables leguas sobre la silla de un caballo, y buscó camuflarse tras un alto montón de heno. Ya no era un joven, y su respiración agitada se lo recordaba. Rondaba los cuarenta inviernos en las líneas de las palmas de las manos, suficientes para no tener que avanzar a escondidas en mitad de la noche. Un padre, sin embargo, siempre es joven mientras escuche a sus hijos, y Gastón necesitaba hablar con su hija Gala. Durante los últimos meses, lo único que había escuchado de sus labios en los breves encuentros que compartían los domingos por la tarde era una súplica expresada con su voz suave y adolescente.

—No me gusta la abadía, *pater*. —Las palabras de Gala resonaban en la mente de Gastón—. ¿Cuándo volveremos a casa?

—La vendimos, como la torre del abuelo y todo cuanto tuvimos. Tengo una deuda con Dios... —contestaba siempre el padre, tomándola por las manos—. Y aquí permaneceremos hasta que sea saldada.

Así pasaban los domingos, entre silencios que decían mucho. Gastón nunca había contado a Gala qué sueños golpeaban su alma desde

que la niña había venido al mundo. Quizás fuese el momento, ahora que se disponía a partir tan lejos.

El veterano avanzó en cuclillas, poco a poco, hasta detenerse tras una carreta sin mulas tirada en los huertos de la abadía, a escasos pasos de la puerta. Las monjas que la guardaban parecían dormir de pie, porque permanecían inmóviles y silenciosas, cambiando el peso de una a otra pierna. Ninguna luz brillaba en las ventanas que aireaban las estancias donde debía dormir Gala, y Gastón trató de intuir dónde se hallaría su hija. La imaginó tumbada, con los cortos cabellos morenos apoyados en el heno de su lecho, entre los ronquidos de las monjas, mirando al techo y preguntándose por qué su padre había elegido para ella aquella vida.

Tenía catorce años: era el momento de contárselo. Al día siguiente partiría hacia Roma, y bajo la luz del sol las despedidas son más frías.

—Le diré que la quiero —se prometió Gastón, que nunca solía hacerlo.

Mientras imaginaba el encuentro, Gastón encontró una ventana abierta, muy cerca de la puerta vigilada por las monjas. Un salto y podría buscar a Gala, explicarle su partida con buenas palabras y abrazar su pequeño cuerpo. No deseaba abandonarla, pero nada era más peligroso para una niña que viajar por tierras desconocidas. Los bandidos, las enfermedades o el agotamiento podrían acabar con ella por culpa de un padre que tenía decidido no castigar a su hija de la forma en que lo hacía a sí mismo.

Una de las monjas de Notre-Dame apostadas junto a la entrada pareció sacudida por un escalofrío, y, de pronto, despertó para relocalarse la capa sobre los hombros. Gastón se agachó tras la carreta, y aguzó el oído.

—Tengo que orinar, hermana Fulda.

—Os acompaño, *soror*. A veces hay monjes escondidos esperando ver cómo nos remangamos el hábito.

Las monjas hablaban la lengua del pueblo, y siguieron charlando con aquel latín vulgar mientras caminaban en dirección al huerto donde descansaba la carreta. Gastón se agachó aún más, y contuvo la respiración. Pudo sentir cerca los pasos, y buscó las sombras del carro mientras distinguía las voces de las monjas al otro lado. El líquido silbido del orín saliendo del cuerpo llenó la noche antes de formar un charco.

—Me duele la panza al mear, y estoy preocupada —confesó una de las monjas, en voz muy baja.

—Caminad hasta la ciudad y buscad a Enna, la curandera. Vive en el barrio de los carboneros, en el burgo junto al Saona. Es una vieja hispana que sabe de hierbas y curas, y también, dicen algunos, conoce cómo sanar los males de la cabeza.

Los sentidos de Gastón trataron de abstraerse del olor a orines, y sus oídos se abrieron de par en par. Alguien en Lyon curaba la mente, y no daba muestras de tener relación con ningún monje.

—He oído hablar de ella —contestó la monja, y el ruido del orín cesó—. Su esposo era un obispo hereje, un goda adopcionista, que fue ajusticiado cuando llegaron desde el sur. Dicen que es mala cristiana... Aunque al hijo del tío Louchon, el molinero, supo curarle las pesadillas cuando volvió de la guerra.

—Ningún monje os curará el chichi, hermana Martha —contestó Fulda, y ambas rieron ante la vulgaridad—. Acudid a Enna si queréis sanar, y apartad por una tarde los remilgos. Dios cura las almas, pero los cuerpos son cosa nuestra...

—Y el mío me ordena comer algo, o caeré de sueño —concluyó Martha, soltando un bostezo—. Acompañadme a por manzanas al manzano, hermana Fulda. Está aquí al lado, pero me da pánico la oscuridad.

Las religiosas doblaron una esquina de la abadía, en busca de los campos de frutales, y durante largos instantes la puerta permaneció sin vigilancia. Un cárabo aulló como si quisiese advertir de la oportunidad, pero cuando Gastón se encontraba a punto de correr hacia el cenobio, los arbustos que cercaban los huertos se movieron sobresaltándolo, y un monje envuelto en un hábito negro surgió entre las ramas para deslizarse con caminar furtivo hacia la abadía de Notre-Dame.

Gastón escrutó sus movimientos con gesto perplejo, y aún más cuando de la única ventana abierta del convento brotó una cuerda que tocó el suelo, la misma que utilizó el monje para trepar hacia ella. Un nuevo ruido y otros dos cuerpos salieron entre los arbustos para lanzarse hacia la cuerda. Unas manos de mujer ayudaban desde arriba, y cuando el religioso llegó hasta la estancia de las monjas, la cuerda se desvaneció como si nunca hubiese pasado nada.

—Y entonces me dijo que el puchero necesitaba una especia que sólo usan los sarracenos...

Las voces de las monjas volvieron a oírse en la noche, y la puerta volvió a recibir la vigilancia de aquellas hermanas cuyos hábitos se camuflaban con las sombras. Gastón comenzó a escuchar risas femeninas, y, sin poder creerlo, comprendió qué era aquello. La pretendida beatitud de las monjas de Notre-Dame acababa de caer por los suelos. Y mientras los inconfundibles sonidos de la diversión surgían desde la ventana abierta, las hermanas Martha y Fulda seguían debatiendo sobre los tipos de cocido. Hasta que una de ellas alzó la cabeza y al ver la ventana abierta exclamó:

—¡Virgen María! —Las risas femeninas llegaron desde arriba, y también la grave voz de un hombre—. ¡Se nos han colado monjes, hermana Fulda!

Las monjas entraron corriendo en el monasterio después de armarse con dos gruesos garrotes que esperaban apoyados contra el muro, y pronto se escuchó un barullo. Gastón imaginó la escena, y la sorpresa de quienes habían dejado entrar a un monje en mitad de la noche, aunque sus preocupaciones sólo podían abarcar a Gala. Quizás los gritos ya la hubiesen despertado y su cabeza tratase de encontrar explicación a la presencia de varones en su habitación.

—¡Fuera de aquí, depravado! —pudo escucharse de la hermana Fulda.

Los chillidos de las monjas rasgaron la noche, junto con una nueva amenaza.

—¡Voy a buscar el látigo, y vais a recibir todas! —Aquella era la hermana Martha—. ¡Acabáis de mancillar la casa de Dios!

Una silueta salió a la carrera por la puerta entreabierta de la abadía, y Gastón se inclinó entre los arbustos para poder ver mejor. Podría haber reconocido sus andares entre el caminar de mil cristianos, los pasos cortos y rápidos y el velo al viento: era Gala, su hija, escapando de aquel lugar sin que nadie lo supiera. Y tras ella, ocultando su marcha, los lloros de unas monjas que pronto serían castigadas.

—¡Flush! —sonó el primer latigazo, a ras de una ventana que continuaba abierta.

El grito de una monja rompió la noche, pero Gastón ya corría en pos de su hija a través de los huertos que rodeaban la abadía de Notre-Dame. La oscuridad convertía la carrera en una trampa de obstáculos, y la muchacha volvió el rostro al escuchar pasos a su espalda.

—¡Yo no he hecho nada, hermana Fulda! ¡Fue idea de la hermana Juliette!

—¡Esperad, Gala! —gritó Gastón, pero su hija siguió corriendo hasta internarse entre las cepas desbrozadas de un viñedo.

Las piernas de Gastón todavía poseían las fuerzas de sus buenos años, y no le fue difícil dar alcance a la monja. La tomó por el velo, y Gala, al sentir el tirón, dio media vuelta y le lanzó una patada que impactó en su rodilla.

—¡Soy vuestro padre, deteneos! —pidió Gastón, agarrándola por los brazos—. No voy a haceros nada...

La luna iluminó el rostro de Gala, y la pequeña nariz chata que había heredado de su propia sangre se recortó contra su rostro. Aunque el rasgo que más admiraba Gastón eran sus bellos ojos, verdes con brotes dorados como las llanuras de Lombardía, donde nació una madre y esposa que murió en el parto. Mirarlos era volver a caminar junto a ella durante un atardecer de verano.

—¿Por qué estáis aquí? —preguntó la niña, y un charco de lágrimas comenzó a inundar sus ojos—. ¿A vos también os han llamado las hermanas para meteros con ellas en la cama?

Gastón negó con la cabeza, y se agachó para quedar a la altura de los ojos de la joven. A saber qué habría visto en aquel dormitorio antes de que las hermanas Fulda y Martha apareciesen con sus garrotes.

—Quería despedirme de vos antes de partir al alba. —Le costaba un esfuerzo tremendo decir aquellas palabras—. Ya sabéis que estoy enfermo, hija mía, y que Dios no puede sanarme. Debo abandonar Saint-Pierre en busca de una cura, y el abad Floro me ha prometido que en Roma, la ciudad del papa, sabrán encontrar una solución a mi dolor.

La niña se lanzó hacia el pecho de su padre, y empezó a abrazarlo entre gemidos ahogados.

—No me dejéis aquí. —La súplica de Gala venía acompañada de más lágrimas—. Permitidme ir con vos hasta Roma, padre, os lo suplico. Nunca me meteré en líos. Seré buena, lo prometo...

—Siempre lo habéis sido —contestó Gastón, apartándole el pelo del rostro con una tierna sonrisa—. Pero ahora necesito que estéis a salvo. Los caminos no son lugar para una niña.

Gala alzó con soberbia la cabeza, y el padre reconoció su propio gesto cuando algo le molestaba.

—Ya no soy una niña, padre. Manché hace dos lunas, y la hermana Martha me hizo rezar toda la noche porque acababa de convertirme en mujer.

Gastón la miró con nuevos ojos, y aunque seguía contemplando a una muchacha pecosa y huesuda, de ojos preciosos y andares desgarrados, sintió haberse perdido aquel momento importante. ¿Cuántas cosas más no sabría a costa de vivir separados, ajenos el uno a otro, por su voluntad beata de mostrarse como digno siervo de Dios?

Mirando a Gala y contemplándose en su rostro, Gastón lamentó una decisión que no había ahuyentado a los muertos que poblaban sus sueños. Si marchaba a Roma en solitario, quizás su hija, una niña que era ya mujer, terminase olvidándolo.

—La hermana Fulda sabrá que me he escapado y me azotará el doble —soltó Gala, mirando preocupada hacia la oscura silueta de la abadía, más allá de los viñedos—. Esa vieja monja vive amargada desde que duerme con la panza dolorida. Ojalá nunca consiga sanarla...

De pronto, Gastón recordó las palabras de aquellas monjas charlatanas, y el nombre de una curandera capaz de aliviar los males del cuerpo y la cabeza. Enna, la hispana. Podía intentarlo, se dijo, con tal de no separarse de Gala. Roma resultaba estar aún más lejos que cuando salió del monasterio para encontrarla.

—Vendréis conmigo a Lyon: quizás allí logren sanarme. —La sonrisa de la niña iluminó la noche oscura mientras Gastón alzaba el índice—. Pero si debo ir a Roma, niña cabezota, os traeré de vuelta a Notre-Dame. Y no quiero escuchar una palabra más.

27 DE SEPTIEMBRE

Iniciaron su camino una mañana perlada de gotas de rocío que anunciaban los primeros fríos del otoño. La calzada que corría junto al monasterio de Saint-Pierre de Ródano parecía la senda adecuada para dar el primer paso: conducía lejos de allí, y eso era cuanto importaba. Gastón y Gala echaron a andar con paso veloz, ante las curiosas miradas de los siervos que trabajaban las tierras del monasterio. Lucían la apariencia de los romeros que van a Roma, con sus bastones de caminante, la capa larga contra el frío y el zurrón de la comida y la calabaza del agua colgando ceñidos al pecho. Dentro, en la iglesia, los monjes de Saint-Pierre rezaban las plegarias de la mañana bajo la dirección del abad Floro.

Gastón lanzó una última mirada a la iglesia, y Gala apreció su gesto apenado. Nunca más volvería a cantar junto a ellos.

—¿Hay que caminar mucho? —preguntó la joven en cuanto la calzada abandonó los últimos muros del monasterio.

—Esta tarde alcanzaremos Lyon, la ciudad de nuestra familia —explicó Gastón, con la mirada perdida en las verdes colinas de Borgoña—. Allí vivieron los abuelos antes de partir con Dios. Es un lugar con mucha gente, más de la que nunca habéis visto. Tenéis que permanecer a mi lado en todo momento.

Las mañanas de septiembre eran frías en Borgoña, pero al mediodía el sol ya calentaba con fuerza, y padre e hija comenzaron a sudar. Decidieron detenerse bajo un roble junto al camino, y echaron la mano a los zurrones y las calabazas. El padre Floro les había obsequiado con embutido de cerdo de la despensa del monasterio, y también pan de centeno, frutos secos y un par de manzanas. Los nervios de la partida se convirtieron en hambre, y sólo empezaron a aplacarse una vez saciado el apetito.

Después, vino el cansancio. Gastón apoyó la espalda contra el tronco del roble, prometiéndose que sólo reposaría un corto instante.

—Despertadme si me veis dormido —pidió a Gala, y su hija contestó con una sonrisa mientras se quitaba restos de comida con una brizna de hierba.

La corteza del roble era incómoda, y sus nudos se le clavaron a Gastón en una vieja cicatriz de guerra, recuerdo de su juventud al servicio del emperador. Gruñó por lo bajo, molesto por el roce, con un oído puesto en el camino. Su cuerpo, mal amigo, lo traicionó amodorrándose. El viento acunaba las hojas del roble, tocando una nana suave. La tentación del sueño susurró en su oreja, y su boca adquirió un gusto pastoso, y pronto cayó de improviso en los brazos del cansancio.

—¡Gastón!

Alguien lo llamaba, pero no era la voz de Gala. Sobre la pátina negra que creaban sus párpados comenzaron a verse figuras de contornos difusos. A medida que caía en el sueño, más se acercaban a su rostro, y pronto los sonidos del mundo dieron paso a un silencio del que brotaron, como gotas de estalactita, lamentos.

Gastón abrió los párpados, y pudo ver a una persona avanzar en su dirección en mitad de una noche de luna llena. Era la mujer bretona, tan real como los frutales iluminados por la luna. Sostenía en brazos a su hija, y sus ropas ensangrentadas todavía goteaban. No dijo

una palabra, pero continuó caminando hacia Gastón, cuyo cuerpo se hallaba encadenado al suelo con clavos de hierro. Los cabellos de la mujer parecían sostenidos por la luz de la luna, hasta que los fantasmas de la madre y de su hija se evaporaron de repente para dejar tras de sí una estela plateada que el siroco proveniente del norte germánico empujó hacia el sur.

Roma y Lyon, las ciudades que podían albergar la cura para sus males, se encontraban en aquella dirección.

—¡Gastón! —Pero esta vez fueron muchas las voces que gritaron en los sueños del veterano.

El rostro de una niña rubia surgió entre las sombras, seguido por una mujer pelirroja de espigados miembros. Ambas iban desnudas, sucias de polvo y sangre seca. La mano izquierda de la pequeña acariciaba a su madre, mientras con la diestra apretaba una herida sangrante, un tajo abierto en su pecho de infante. Detrás de la niña aparecieron más mujeres, niños y ancianos, altos, pecosos y pálidos, marcados por heridas que un día fueron mortales. Toda la aldea bretona que buscó refugio en la abadía de Lanndévennec asistió a la pesadilla. Sus cuencas blanquecinas, sin pestaña ni pupila, atravesaban a Gastón con la fuerza de mil puñales, empujándolo contra la corteza del roble.

—¡Sed maldito para siempre!

—¡Perdonadme, perdonadme, perdonadme!

El grito del durmiente asustó a una pareja de garzas que pescaba junto al Ródano.

—¡Ayúdame, Cristo! —Pero los rostros de los bretones siguieron presentes hasta que Gastón abrió los ojos.

—¡Despertad, padre, despertad!

Temblando de miedo, Gastón sacudió la cabeza y el plácido paisaje de Borgoña volvió a iluminar sus ojos. Sudaba a mares por la espalda y el pecho, y había resbalado lejos del tronco de roble, hasta que Gala había conseguido frenar sus convulsiones. Su hija lo miraba con los ojos muy abiertos y una mueca preocupada, y le tendió con tiento una calabaza llena de agua.

—Gritabais, «Perdonadme, perdonadme...» —murmuró la niña, aunque en aquella pregunta encerraba una curiosidad adulta—. ¿Cuál es la deuda que guardáis con Dios?

Gastón se acomodó en la hierba, sintiendo cómo el mareo comenzaba a dejar paso a la lucidez cotidiana, y dudó durante un largo

silencio. La frescura de la sombra que aportaban las ramas del roble ayudó a que optase por ser sincero.

—¿Recordáis mi espada, hija mía, y a Riu, el caballo bonito que respondía a mis silbidos? —preguntó el veterano, y Gala asintió con una sonrisa—. Antes de mudarnos a Saint-Pierre fui un guerrero al servicio del conde de Borgoña, vasallo de nuestro emperador. Combatí en muchas guerras, y sabed que vuestro padre tuvo que matar para vencer, pero también para sobrevivir. Sin embargo, hubo una guerra en Bretaña donde nuestros enemigos fueron cristianos, y Dios sigue recordándome cada vez que cierro los ojos, porque caminan hacia mí envueltos en las mismas ropas que portaban la última vez que los vi. —Los ojos de Gastón no pudieron continuar sosteniendo la triste mirada de su hija—. Vuestro padre está enfermo, niña, y también maldito.

Gala reaccionó al gesto alicaído de Gastón quitándose el velo que cubría sus cabellos, y limpió el sudor de su padre con gesto cariñoso.

—Lograréis curaros, *paupon*. —Así lo llamaba a veces, como los niños de los labriegos—. Y no me separaré de vos hasta que Dios os perdone.

Con el ánimo entumecido y los lamentos de sus víctimas todavía en sus oídos, Gala y Gastón abandonaron la sombra del roble, tomaron de nuevo el cayado y reemprendieron el camino hacia Lyon. Durante largas horas atravesaron aldeas y bosques, a la sombra de los riscos ocupados por castillos vigilantes, siempre en busca de las luces del sur. La calzada corría paralela al Ródano hasta que, a primera hora de la tarde, pudieron divisar las torres de la mayor ciudad de Borgoña, donde también eran bien visibles las ruinas de su pasado esplendor. Un antiguo puente romano permitía entrar en Lyon desde el norte, y Gala y Gastón se unieron a los tratantes, viandantes y carromatos que se dirigían presurosos hacia las puertas del burgo junto al Saona.

Los cristianos que pululaban por los arrabales de Lyon vociferaban, se saludaban e incluso hacían negocios sobre los arcos de piedra de un teatro romano en ruinas, dando codazos a quienes trataban de abrirse paso. Más de uno se fijó en la monja de ojos verdosos que miraba todo, incluso a ellos, con inocente curiosidad.

—Dadme la mano, Gala —pidió Gastón, y su hija obedeció—. Las ciudades son lugares peligrosos.

Lograron esquivar con destreza a los mercaderes, y una vez en mitad del puente sobre el Saona, Gala no pudo evitar fijarse en un arco de madera colocado sobre la calzada. Parecía situado en el cen-

tro mismo del puente para que nadie entrase en Lyon sin contemplar lo que mostraba: una jaula de barrotes oxidados mecida por el viento que despertaba lúgubres chirridos sobre las cabezas de los viandantes. En su interior descansaba un esqueleto cuyos blancos huesos ya no tenían carne que mostrar.

—¿Quién fue este pecador?

Tanto Gala como Gastón pudieron escuchar la pregunta de labios de un mercader, lombardo, por el acento, agachado junto a un mendigo que pedía limosna bajo la jaula.

—Domicio de Urgell, un hereje hispano. —El mendigo sonrió con malicia—. Sus huesos llevan ahí más de diez años. Así lo ordenaron nuestro obispo Agobardo y el abad Floro de Saint-Pierre de Ródano, doctos hombres de la Iglesia.

—¿Y qué hizo para merecer semejante castigo?—preguntó el lombardo, con una mueca de asco, mientras Gastón afinaba el oído.

—Pertenece a la secta de los priscilianistas, que niegan la Trinidad y defienden que las mujeres puedan ser obispos.

—¡Herejía! —soltó el lombardo, y entregó un par de gruesas peras al mendigo.

Gastón observó que más viandantes preguntaban lo mismo. El pedigüeño era el encargado de informar a los extraños acerca del esqueleto. Finalmente, cruzaron el puente sintiendo sobre su nuca la mirada vacía de la calavera de Domicio de Urgell, comprendiendo el mensaje: aquel era el castigo que aguardaba a quienes desobedeciesen a la Iglesia y al emperador.

Cuatro soldados francos se hallaban junto a la puerta de la muralla que ponía fin al puente, vestidos con cotas anilladas sobre cuyos blasones ostentaban el azul y gualdo imperial. Registraban minuciosamente a quienes pretendían entrar en Lyon antes de cobrarse un denario que pocas veces acababa en las arcas adecuadas, miraban desafiante a los hombres y reían cuando buscaban tras las caderas de las mujeres, soportando, socarrones, las dolidas miradas de sus víctimas.

Cuando llegó el turno de Gastón y Gala, uno de los guardias le dedicó una mirada desafiante.

—¿De dónde venís, *frater et soror*, y a dónde vais? —preguntó, malhumorado.

—De Saint-Pierre de Ródano, para comprar hierbas y vino.

El guardia alzó las cejas ante la tonsura mal cuidada.

—Viajaréis, pues, con plata. No creo que vayan a regalaros nada en el mercado.

Gastón asintió, lacónico, y tomó de su bolsillo dos denarios imperiales. Uno para el guardia y otro para el obispo de Lyon; esa era la ley no escrita.

—Que sean tres. —La mano del franco acarició amenazadoramente la nuca del monje—. Y así no querré saber nada de por qué os acompañáis de una muchacha que podría ser vuestra hija.

Gala rezó entre dientes para que el guardia decidiese dejarlos tranquilos, pero el franco parecía más preocupado por recibir más monedas de la larga hilera de personas que esperaba para entrar en Lyon que por molestarlos.

Resuelto el soborno, las sandalias de padre e hija recibieron el barro de la ciudad donde Gastón había venido al mundo. Concretamente, en la parte alta, una meseta sobre el Saona donde vivían el obispo Agobardo y las familias pudientes. Sus pasos corrieron esta vez en dirección contraria y buscaron las calles del burgo, una amalgama de casas de madera pegadas al río, donde habitaban los extranjeros, los comerciantes y los plebeyos. Gala presenció boquiabierta un milagroso equilibrio de clavos y herrajes que sostenía las viviendas del burgo, entre las que asomaban corroídas columnas de mármol romano.

Gastón, sin embargo, debía observar los rostros que se cruzaban en su camino. De una taberna brotaron tres hombres cuyas mejillas brillaban teñidas de ceniza, y con andar esperanzado los siguió hacia una aglomeración de casas de madera custodiadas por un viejo arco romano.

—Hemos encontrado el barrio de los carboneros —anunció Gastón, y Gala suspiró, agotada—. Ahora debemos hallar a una anciana de nombre Enna.

El barrio de los carboneros era una de las partes más humildes de Lyon. Confiando en el respeto que imponían sus hábitos benedictinos, Gala y Gastón caminaron entre las casas de quienes reparten, siempre mugrientos, el carbón a la ciudad. En su barrio junto al río, golpeados por los mosquitos, las crecidas y el mal olor de los desechos lanzados desde la ciudad alta, los carboneros podían esconderse del desprecio de los pulcros, pudientes y altivos habitantes de la ciudad alta. Una suerte de guarida que también era elegida por quienes evitaban ser encontrados.